





Derecho de nacimiento

Crónicas de Israel y Palestina



Camila Baron

Derecho de nacimiento

Crónicas de Israel y Palestina

Prólogo de Silvana Rabinovich

Fotografías de Ariel Feldman



Barón, Camila

Derecho de nacimiento : crónicas de Israel y Palestina / Camila

Barón. - 1a ed - Martínez : Rara Avis Casa Editorial, 2024.

188 p. ; 18 x 12 cm. - (Rara Avis / Ramiro Mases)

ISBN 978-631-90091-2-5

1. Oriente Medio. 2. Conflictos Internacionales.
 3. Colonialismo. I. Título.
- CDD 808.883

Camila Baron © 2024

De las fotografías © 2024, Ariel Feldman

De esta edición © 2024, Rara Avis Editorial

Primera edición: agosto de 2024

Todos los derechos reservados.

Corrección: Guadalupe Alfaro

Edición general: Ramiro Mases

Maquetación: Silvana Ferraro

Diseño de tapa: Hola Bosque Estudio

RARA AVIS Editorial

Buenos Aires, Argentina

www.raraaviseditorial.com.ar

info@raraaviseditorial.com.ar

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida parcial o totalmente sin permiso de la editorial.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ÍNDICE

Inventar el antónimo del supremacismo como derecho de nacimiento, prólogo de Silvana Rabinovich.....	9
Derecho de nacimiento.....	17
Gabriel y la guerra	23
De nombres propios, raíces y ritos	33
Dime de qué trabajas: Juha y Aswad.....	47
Gonzalo: experto en señalar	59
Jonathan y la oruga antimisiles.....	71
Maia y el artificio del fuego	83
Gal: la memoria armada	95
Atrapados sin salida.....	107
Lamentar el muro	117
La burbuja.....	129
Los ojos de Abud	139
Un cuaderno	151
Un siglo después. Epílogo	165
Agradecimientos	171
Onomástica autoral antojadiza.....	173



Inventar el antónimo del supremacismo como derecho de nacimiento

Prólogo de Silvana Rabinovich

Esta difícil tarea deja al lector el libro *Derecho de nacimiento. Crónicas de Israel y Palestina*, de Camila Baron. Se trata de una crónica entrañable, escrita con esa verdad que exige Martin Buber: la verdad subjetiva. Es aquella que –sin mediar el cálculo– habla honestamente, generosa y con humildad, no solo desde la razón sino también desde el cuerpo y el corazón. Así, la verdad subjetiva es mucho menos mezquina que la verdad “objetiva”, vanagloria de “datos duros” inanimados.

En estas páginas suenan en canon palabras de Camila Baron y fotografías de Ariel Feldman. Este canon refuerza mutuamente aquel arte ancestral (heredado de los cabalistas) de leer la “parte blanca” del texto y considerar que lo negro es mero comentario. De este modo, una sabiduría transgeneracional señala escritura en el blanco de los intersticios y oralidad en las letras negras (o, dicho en términos fotográficos: sabe que la inagotable potencia de revelación de una imagen está en su negativo).

En los espacios blancos entre letras e imágenes se lee de manera cabal la batalla de los retornos. En mayo de 1948,

con la fundación del Estado de Israel, se fecha la *nakba* (catástrofe) palestina: “plano y contraplano”, señalaría Godard.

1948 marca la expulsión masiva de más de 750.000 palestinos de sus hogares y la confiscación de su “derecho al retorno” (exigido por la resolución 194 de la Asamblea General de la ONU). En 1950 el gobierno de Ben Gurion promulgaba la ley del retorno, que aún hoy otorga a todo judío la posibilidad de inmigrar y volverse ciudadano israelí. Excluir para incluir, despojar a unos para “hacer heredar”¹ a otros, derecho versus ley: plano y contraplano.

En su recorrido por el memorial del Holocausto, Camila lee el contraplano:

Seis millones. Seis millones. La cifra de todo el recorrido. Once, pienso. Repaso los cinco millones que faltan. Enfermos crónicos, negros, gitanos, homosexuales y comunistas. Las paredes se me caen encima.

Con una agudeza sensible, tan poco frecuente, la autora narra su visita a Yad Vashem desde el punto de vista de los cinco millones que faltan, aquellos otros que no importan para el esencialismo holocáustico nacionalista israelí. Este

¹ Destaco una curiosidad de la lengua hebrea: la raíz que significa “legado”, *najalá*, conjugada en modo reflexivo da como resultado el verbo “colonizar”: *lehitnajel*, es decir, hacerse a uno mismo legatario (*mitnaja-lim* se denomina en hebreo moderno a los colonos). Hay una segunda raíz que designa la herencia: *yerushá*. En la Torá, conjugada en un modo que acciona sobre otro sujeto, se usa para designar el despojo (Números 33:52) *vehorashtem*, “arrojaréis” (a todos los habitantes de la tierra), literalmente se traduciría como “haréis que os vuelvan herederos”. He desarrollado esto detenidamente en *La Biblia y el dron. Sobre usos y abusos de figuras bíblicas en el discurso político de Israel*, Rosario, Casa-grande/ Último Recurso, 2020, pp. 130-133.

memorial de la destrucción de los judíos europeos, fundado en 1953 por la ley homónima promulgada por el parlamento israelí, se encuentra geográficamente en el monte Herzl, frente a Deir Yassin (el nombre de esta aldea es emblema de la *nakba*: masacre y destrucción perpetradas en abril de 1948). En ambos topónimos se agolpan, otra vez, plano y contraplano de la memoria: el nombre del padre del sionismo político, ideólogo del Estado judío (Herzl), y el de la aldea arrasada por la extrema derecha sionista (Deir Yassin).² 1948-1953: plano y contraplano.

Narra la autora que estas crónicas provienen de un viaje a Israel que le otorgó un programa llamado BRIA (por sus siglas en inglés, es la rama argentina de un proyecto llamado “Derecho de Nacimiento Israel”). En ese nombre, como bien señala Baron, anida el supremacismo judío que hoy campea con irrefrenable violencia en Palestina (especialmente en esa franja territorial troquelada por la Resolución 181 de la ONU: Gaza). Mientras escribo estas líneas, el ministro de Relaciones Exteriores de Israel, Itamar Ben Gvir, anuncia que el Estado representado por él rechaza la Resolución 2728 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que ordena el alto al fuego inmediato (durante lo que queda del mes de Ramadán).

“Ustedes no entienden, repetían los israelíes que nos acompañaron”, comenta la autora. Así funciona la sociedad militarizada: convencida de ser víctima de odio, de estar en

² Como un espejo que refleja a otro espejo se superponen planos y contraplanos: sobre las ruinas de Deir Yassin se erigió el hospital psiquiátrico de Kfar Shaul (aldea cuyo nombre recuerda al rey que perdió la razón hacia el fin de sus días). Allí estuvo internado Menahem Begin, líder del Irgún cuando atacó violentamente a la población de Deir Yassin (entre el 9 y el 11 de abril de 1948).

peligro de extinción (no solo de la población local, sino de los judíos del mundo entero). La soberbia supremacista actúa inoculando el miedo junto con la vergüenza de tener miedo y, como placebo, ofrece un imperativo de “valentía” escudada en las armas semiautónomas y la “inteligencia artificial”. Un día no muy lejano reclamarán a los judíos del resto del mundo que los hayan instrumentalizado como “escudos humanos”, pues el Estado —a través de su poderoso ejército—, tal como vislumbró Herzl, se asume como un muro de contención de la barbarie oriental... En su temprana renuncia al movimiento sionista, Hans Kohn expresó tras las revueltas palestinas de 1929: “Sionismo no es judaísmo”.³ El “ustedes” de aquella muletilla somos nosotros: aquellos judíos que no vivimos en Palestina/Israel. Un diputado israelí antisionista aclara que el antisemitismo no es enemigo del sionismo, sino su aliado, pues contribuye a cumplir con la obsesión demográfica (la de volverse mayoría dominante). Sin embargo, insiste: el único enemigo del sionismo es la asimilación de los judíos en sus países de nacimiento. Volviendo al programa que dio origen a estas crónicas, se hace necesario cuestionar la parte blanca que rodea las negras letras de BRIA: ¿derecho de nacimiento u obligación de sentir como propio —y por ende defender—, aún desde la diáspora, el territorio colonizado? Tal como señala la autora: “El programa ya no busca contribuir al cálculo demográfico sino formar embajadores capaces de sostener el relato que a veces toma la forma de silencio y, otras, la de censura”. Si la asimilación es el enemigo, entonces se trata de exportar sionismo a la diáspora. Mientras, cuando se trata de emigrar desde el sur, son las crisis económicas las que contribuyen con mayor efecti-

³ Véase Buber, Martin (2009) *Una tierra para dos pueblos*, Salamanca, UNAM-Sígueme, p. 89.

vidad a engrosar la población israelí. Se ve claro en las historias de los jóvenes soldados que acompañan al contingente. Plano: las oportunidades para sus familias. Contraplano: las crisis en sus países de origen.

En la opinión pública israelí hay personas empeñadas en confiscar a los palestinos su “derecho a nacer”.⁴ Considerar el útero de la otra como una amenaza es muy grave; creer que los otros tienen hijos solo para hacerle daño a la propia tribu es abyecto y digno de aquello que Buber llamaba “egoísmo colectivo”. El “derecho de nacimiento” se ofrece como un regalo envenenado, un acto de propaganda que tergiversa el sentido de los derechos elementales: remite a un “derecho” a... privar de derechos al otro. Contrariamente al sentido liberador de la natalidad que acuñó Hannah Arendt, el Estado de Israel revisa el árbol genealógico desde una biopolítica semejante —en algunos puntos— a la de los nazis en Alemania: tener ancestros judíos, en este caso, no amerita padecer el genocidio sino, justamente, la inclusión en el grupo genocida. A eso se debe el nombre del programa: es una invitación a quienes tienen algún ancestro judío, a ser parte activa —desde cualquier lugar del mundo— en la limpieza étnica de Palestina.

El libro de Camila Baron acompaña humanamente al lector en un periplo de carácter colonial. En el quinto capítulo los viajeros llegan a Sederot, ciudad vecina de Gaza. Avistan desde ese lugar la tierra que desde hace más de cinco meses el ejército de Israel busca arrasar con el pretexto del derecho a la defensa propia. La Franja de Gaza está sitiada desde mucho antes; sus habitantes, hacinados en un territorio que desde 2006 ha sido periódicamente

⁴ En 2014 Ayelet Shaked, quien luego fuera designada ministra de Justicia, abogó por matar a las madres palestinas.

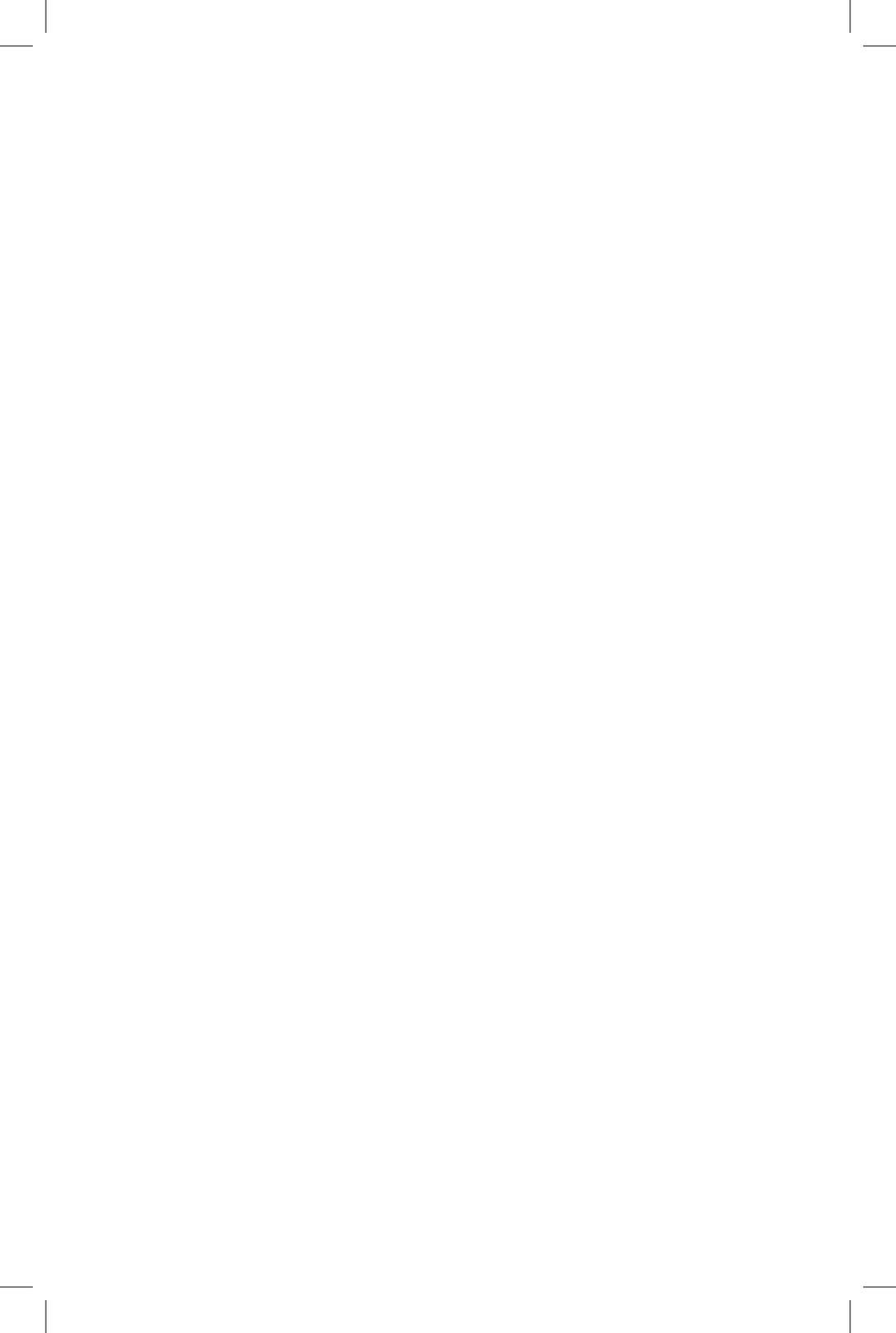
bombardado. Desde octubre de 2023 se consuma en esa tierra un genocidio que los organismos internacionales no consiguen detener.

Derecho de nacimiento es un libro original y profundamente crítico. Su originalidad consiste en estar escrito con la tinta de la vulnerabilidad. Esta se expresa en la “verdad subjetiva” que mencionamos al inicio. El lugar de enunciación que ilumina cada línea es la justicia *del* otro: posición heterónoma que no se autocomplace con el mero altruismo. La heteronomía revela que aquel orden determinante de lo justo para un “nosotros” es injusto para sus “otros”. Porque aquello que se consideran derechos ganados (plano) no son sino privilegios a costa de los otros (contraplano). La ética y la política engendradas por la crítica radical que impone la justicia *del* otro abren una brecha de esperanza en un momento apocalíptico que soltó su última amarra en la tierra que le fuera prometida a Abraham para su descendencia. Si se lee con atención, la teología política tiene elementos que cuestionan de raíz al proyecto colonial. Abraham tuvo dos hijos: Ismael, su primogénito, e Isaac, su segundo descendiente. Isaac engendró a Jacob, cuyo nombre mutó a Israel.

El capítulo 11, “Los ojos de Abud”, estremece desde la foto. Trata del viaje de la autora a uno de los lugares donde el odio colonial se encarniza: Hebrón, ciudad-refugio a la cual acudieron Ismael e Isaac para enterrar a su padre Abraham. Ojos y cámaras, radares, una maraña de *checkpoints* impide a la población palestina desplazarse con libertad entre las calles de su ciudad. Hebrón/Aljalil, nombre que en ambas lenguas designa la amistad, es uno de esos topónimos que pueden ayudar a inventar el antónimo del supremacismo como derecho de nacimiento. Porque ante el derecho a la primogenitura signado por la Torá (Deuteronomio 21:15-17) la sed de supremacismo no sirve de coartada para los

hijos de Isaac. El derecho de nacimiento (para considerarse primogénito) le asiste a Ismael y a sus descendientes.

He aquí, en palabras de su autora, un “manifiesto contra toda expresión supremacista”. Este prólogo, palabra que precede al libro, propone a la justicia del otro como llave para una crítica radical del colonialismo. Propongo, para responder a la tarea que encomienda a sus lectores, el doble nombre de Abraham/Ibrahim como la clave para inventar el antónimo del supremacismo que sea el derecho *del otro* a nacer.



Derecho de nacimiento



A Raquel,
por lo que sembró y aún vive



En 2016 presenté un documento que certifica que mi bisabuelo está enterrado en el cementerio judío de La Tablada. Eso me dio derecho a viajar al final de ese año a Israel a través de BRIA (Birthright Israel Argentina), un programa para jóvenes judíos. De esa semana de viaje y de los días posteriores surgieron estas crónicas.



Gabriel y la guerra



La guía se llama Ana. Está parada al lado del chofer. Con una mano sostiene un micrófono, con la otra un mapa. Mira hacia el fondo del micro en el que viajamos los cuarenta integrantes del grupo. Ana es brasilera y al hablar tiene un tono suave como el de Gal Costa cuando canta en español. Le da la espalda a la ruta, que es recta y desértica. Tiene la misma edad que los dos *madrijim* y apenas unos años más que todos nosotros, el contingente de veintisiete. La traducción literal de *madrijim* es “los que muestran el camino”. A su izquierda, en el asiento pegado al del conductor, está Gabriel, el de *bitajón*, que mira todo el tiempo hacia el frente. *Bitajón* quiere decir “confianza”, pero es la palabra con la que se nombra al encargado de seguridad.

Hace menos de un día que aterrizamos. Fueron casi veinticuatro horas de avión y aeropuertos a las que se sumaron cuatro horas más por tierra, hacia el norte, para llegar al kibutz en el que vamos a dormir las próximas dos noches. Todos teníamos alguna vaga idea de lo que era un kibutz antes de llegar. O de lo que quisieron ser: experiencias de producción y vida comunitaria. Son pocos los kibutz que todavía funcionan como unidades productivas integrales con fábricas o extensiones de tierra sembrada incluidas. La mayoría se convirtió en barrios privados con alguna actividad rentable, como el alquiler de habitaciones para el turismo.

Llegamos de noche. Lo que vemos es un predio grande y árido con algunas casas sencillas dispersas por el terreno y una zona de departamentos. La cena se sirve en un salón grande en el que nos dan la bienvenida y algunas indicacio-

nes que ya conocíamos de memoria por los cuatro encuentros obligatorios previos al viaje. No conocemos el recorrido que haremos durante estos diez días. Por seguridad, solo nos informaron cada cuántas noches vamos a cambiar de alojamiento: sabemos que vamos a dormir en cuatro lugares diferentes.

Este kibutz, al límite con Siria y el Líbano, es uno de los pocos que quedan que se reivindica socialista. Se crearon con la promesa de ser espacios de vida colectiva, para el reparto democrático de los trabajos y del excedente, la rotación de tareas, las crianzas más allá del núcleo familiar. Una sola observación, precisa y aguda de Hannah Arendt derribó para mí esa imagen tan difundida de los kibutz como ensayos de un proyecto emancipatorio. Ella conoció esta zona cuando todos la llamaban Palestina y vivían juntos sin fronteras. Viajó invitada por una organización sionista a conocer el trabajo de los colonos. Así supo que no admitían personas que no fueran judías.

Estamos cansados, pero antes de la cena hay una actividad obligatoria, como todas. Nos dividimos en grupos y se proponen juegos y canciones para aprender los nombres, el color, el gusto de helado, el nombre de la mascota y la película preferida de quienes tenemos al lado. Para salir del paso invento respuestas. No tengo cosas preferidas y desde chica siento fastidio por la obligación de responder de ese modo. Me toca en un grupo con Gabriel, el *bitajón*.

Su película preferida es *Rambo*; su color, el gris; le gusta el helado de vainilla y no tiene mascotas. Mientras habla me doy cuenta de que nunca estuve tan cerca, durante tanto tiempo, de un arma de verdad y cargada. Está sentado sobre la culata. Se mueve con naturalidad, como si estuviese muy seguro de que ningún movimiento inesperado la puede

activar. La miro fijo, mezcla de morbo y mambo. Es plateada, brilla un poco. Por momentos solo escucho un bullicio de fondo. Levanto la vista y en la esquina del salón veo una cámara. ¿Habrà alguien monitoreando? Hace algunas horas que empezó el *shabat*, con la primera estrella del viernes. La mayoría no trabaja y los religiosos reducen al mínimo su actividad. Gabriel juega con nosotros, pero está trabajando. No puede bajar la guardia.

El juego cumplió su cometido y devino conversación. Gabriel es argentino. Cuenta que llegó en el 2002, como muchos otros. Tenía nueve años cuando sus padres se quedaron sin trabajo y decidieron “hacer alia”. “Alia” significa subir, y es la palabra con la que se nombra a la emigración de judíos a Israel. Apenas terminó el proceso que dio origen al Estado, la Ley del Retorno estableció que todos los judíos del mundo tenían derecho a la ciudadanía israelí. Aunque amparada en el Holocausto, la idea de retorno y la condición de ser judío por transmisión materna o por adopción remiten más a un fundamento bíblico que a un criterio de reparación histórica. No todas las víctimas del nazismo son bienvenidas.

Cuando llegó, Gabriel no hablaba una sola palabra de hebreo, como buena parte de los que fundaron este país. Para aprender más rápido hizo la escuela primaria en un internado. Habla español como un extranjero; completamos sus frases porque le faltan palabras. ¿Cómo pudo haber olvidado su lengua materna?

Alguien le pregunta por sus tareas en el ejército. Terminó los tres años de servicio militar obligatorio en 2014. Le tocó ser combatiente en Gaza. ¿Y disparaste a personas?, pregunta alguien sin prurito y a mí me recorre un escalofrío lento. Otra vez el silencio y el tiempo suspendido. Los ojos de Gabriel parecen rígidos; para cambiar de ángulo se mue-

ven rápido, como si hubieran perdido la sutileza del movimiento. Responde: No maté personas, maté animales.

El juego termina, pero la noche sigue en el mismo salón, en el que se improvisa un parlante y giran botellas de alcohol compradas en el aeropuerto. La mayor parte del grupo baila cumbias en una ronda grande. Otros nos alejamos. Creo identificar en las expresiones de los que armamos un círculo pequeño a la intemperie que nos pesa el cuerpo de un modo similar. La conversación gira en torno a las huertas en balcones y otros viajes como si intentáramos aliviarlo hasta que alguien menciona a Gabriel. Es la única forma que tiene de soportar lo que le toca, dice alguien en la ronda pequeña, de repente interrumpida por una hilera de adolescentes yanquis que nos piden permiso para entrar a la fiesta.

Hay estudios que dicen que en Estados Unidos el ochenta por ciento de los jóvenes judíos de entre 18 y 26 años pasaron por este viaje y que, en total en todo el mundo, son más de medio millón de personas desde que se inició el programa en 1999. No hay información para Argentina, pero es probable que la cobertura sea casi total y, a diferencia de Estados Unidos, se concentra sobre todo en la ciudad en la que vivo, Buenos Aires.

Un grupo de cinco salimos a caminar. El pasto es duro y se mezcla con una tierra polvorienta y clara. Cada tanto hay construcciones de cemento, cuadradas, que se levantan sobre el piso y tienen una luz roja encima. Son las entradas a los búnkeres donde hay que refugiarse ante cualquier alerta. La mayoría de las casas parecen deshabitadas. El terreno está más elevado que las tierras de alrededor. Se ven luces que titilan a lo lejos de otros poblados. Caminamos tomados de los brazos entre rejas y malezas en búsqueda de una vista panorámica.

Nos sentamos a fumar mientras tratamos de adivinar para qué lado queda el Líbano y dónde está Siria. No hay

nada muy especial en la extensión de luces que se pierden a la distancia, pero el silencio se alarga, nadie lo apura y eso nos convierte en desconocidos con intimidad. Todos tenemos las manos en los bolsillos, gorro o capucha y la vista fija en algún punto de esas tierras en la que quizás estén explotando bombas ahora mismo. Sé que voy a retener esta escena para siempre, aunque con el tiempo pierda el detalle de los tonos, el olor de la tierra seca o la precisión del frío que entra por los pies.

El celular sin señal dice tres grados. Según el mapa que descargué antes de viajar, estamos en Siria. Desde esta altura vemos las rejas electrificadas que hacen las veces de frontera. Chequeo la distancia a la ciudad de Alepo: 400 kilómetros. Buenos Aires-Mar del Plata. Otro escalofrío de esos que se frenan en alguna zona y demoran el sacudón, como si el cuerpo se resistiera al acto reflejo para recobrar temperatura. Los muertos en Alepo se cuentan de a cientos de miles. La guerra civil en Siria lleva seis años y el mes pasado fue uno de sus momentos más violentos. Las fotos de Alepo dieron vuelta al mundo y acá estamos, cerca en tiempo y espacio, de los escombros y los cadáveres.

Mi memoria de la guerra está mediada por películas. Las últimas imágenes que tengo son de *Líbano*. La vi hace unos días, de madrugada, en el living de mi casa. Durante dos horas y media la cámara acompaña desde adentro de un tanque la desesperación de un soldado israelí que no logra disparar. Le dicen que piense que son animales o los asesinos de su familia o simplemente bestias. Pero no funciona. No puede. Transpira, y aunque falla a propósito, no hay escapatoria. Está rodeado de muerte, incluso de la de sus compañeros. Sentí tal asfixia que pensé en no viajar, en cancelar todo. Todavía estoy tomando antibióticos por las anginas con las que desperté al día siguiente. Placas dolorosas llenas de pus

como anticipo de lo que no se puede tragar, de lo no dicho que queda atravesado y duele.

Me pregunto cómo recibiría Gabriel esa película. No lo sabré. Ni siquiera me creo capaz de volver a mirarlo a los ojos. Una de las que será mi compañera de cuarto esta primera noche comenta sobre una obra de teatro que se estrenó hace poco, *Campo minado*, en la que se encuentran soldados ingleses y combatientes de Malvinas. Dice que le cuesta imaginar a Gabriel en esa situación. ¿Estará durmiendo ya? Nos contaron que muchos soldados duermen con el arma debajo de la almohada. ¿Qué sueños puede tener quien apoya su cabeza cada noche sobre un puñado de balas?

Uno de los chicos se adelanta unos metros para marcar el camino con su linterna. El resto lo seguimos con pasos cortos para no tropezarnos con las ramas secas y las piedras que hay en el camino. Ya no se escucha música a lo lejos. La fiesta parece haber terminado. Un grito interrumpe el silencio. El resto por contagio también grita. ¿Qué pasó? Sentí que algo se movía detrás de ese arbusto. Quizás era un roedor. O un pájaro nocturno. No sabemos qué clase de animales hay en esta zona. Nos reímos, un poco por nervios, otro tanto porque la aventura entusiasma, pero tenemos miedo de caminar para el lugar equivocado. Tenemos miedo de que nos confundan con animales.

El exilio

El sol camina por la frontera.
Las armas guardan silencio.
Una alondra inicia su canto matinal
en Tulkarem
y se va volando para cenar
con los pájaros de un kibutz.
Un burro solitario pasea
al otro lado de la línea de fuego
ignorado por el equipo de observación.
Pero para mí, tu hijo derrocado, mi tierra natal,
entre tus cielos y mis ojos,
un tramo de muros fronterizos
¡ennegrece la vista!

Salem Jubran



Cada noche nos dicen a qué hora debemos estar listos al día siguiente. Me acostumbré a despertarme con los golpes en la puerta y las voces de los *madrijim*, cuarto por cuarto para que nadie se demore.

Estamos en la mitad del viaje. Hoy se van a sumar cinco israelíes: tres estudiantes y dos soldados. Varias veces nos contaron que el programa está financiado en un tercio por el Estado de Israel, que desde algunos años cuenta también con el apoyo de las fuerzas de seguridad israelíes, y que el resto lo financian filántropos argentinos y extranjeros.

Uno de los encuentros obligatorios antes de viajar fue un evento en el Gran Rex que incluyó la conducción de un famoso personaje de radio y televisión, números musicales y humor pasado de moda. Estaban presentes dos de los filántropos argentinos, eufemismo para referirse al dueño de la empresa de negocios inmobiliarios más grande del país y a uno de los empresarios más ricos del sector energético. Sentados apenas unas filas detrás de mí miraban la reproducción de videos de ellos mismos en pantalla gigante deseándonos buen viaje intercalados con fotos de soldados e imágenes de Israel.

Durante la última hora del evento ensayé excusas para levantarme antes de que terminara e ir a comer una pizza a la avenida Corrientes, pero por algún motivo me quedé atornillada al asiento como si estuviera rindiendo examen o vigilada por un francotirador. Anoche me pasó lo mismo. Nos pidieron que pintáramos carteles para darles la bienvenida a los jóvenes israelíes que vamos a conocer hoy. Yo

inventaba excusas que nunca me animé a verbalizar para irme a la habitación. Entre cartulinas, marcadores de colores y las actividades compulsivas es difícil no sentir una regresión a la vida escolar.

Pude dormir apenas cinco horas entre el insomnio y los ruidos habituales de un cuarto compartido. Son las ocho de la mañana y hoy toca otro de los clásicos del programa: la charla con el “experto en geopolítica” para hablar sobre el conflicto con Palestina.

Formamos una ronda en el piso. Giran mates y panes que algunos rescataron del desayuno del hotel. La mayoría tiene la almohada todavía marcada en la cara. Además de nuestra relación con el judaísmo, lo que tenemos en común es la edad. Veintisiete años. El programa está diseñado para personas entre dieciocho y veintiséis. Somos una excepción, un último llamado para los que habíamos quedado afuera. Para los que esperamos esta actividad con cierta expectativa, esa demora no fue una distracción.

El “experto” que va a hablarnos se llama Gonzalo y es uruguayo. Llega con una energía que choca con nuestras caras dormidas. Antes de presentarse ata sus rastas rubias, desenrolla un mapa y lo cuelga en un atril. Es exsoldado y todavía reservista del ejército. Fue paracaidista y combatiente. Tiene menos de cuarenta y hace treinta que vive en Israel.

Me gustaría hablarles del Estado Islámico, de Siria, del Líbano, de Hezbollah porque hoy el terrorismo se está expandiendo, pero voy a centrarme en el conflicto con los palestinos, dice Gonzalo. En 1948 esto era un protectorado inglés. ¿Habrán oído hablar de la *nakba*?, nos pregunta, tanteando a su público. Varios asentimos.

No lo aclara, pero *nakba* se traduce como desgracia o catástrofe en árabe. Durante mucho tiempo Israel negó que en 1948 organizaciones terroristas sionistas masacraran a

miles de palestinos y echaran de sus casas por la fuerza a otros tantos. Gracias a revisiones historiográficas como la de Ilan Pappé, Israel tuvo que admitir que la *nakba* existió, aunque la presentan como un mal necesario, lo que repite Gonzalo ahora.

Lo que hubo en 1948 fue una Guerra de Independencia. Nadie se va dialogando. Fue una guerra, sentencia ¿Pero los palestinos tenían ejército? ¿En una guerra no se supone que hay dos bandos?, pregunta Joel, que es sociólogo y estudió Historia de Medio Oriente. Es tímido y muy diplomático. Intenta un tono cordial, pero Gonzalo igual se fastidia.

“¿Quién ha dicho que la colonización de un territorio subdesarrollado debe hacerse con el consentimiento de sus habitantes? Si así fuera... un puñado de pieles rojas reinarían en el espacio ilimitado de América.” La pregunta la hacía la Organización Sionista de Gran Bretaña en 1921, tal como lo recuerda el periodista Rodolfo Walsh en sus crónicas de 1974 para la revista *Noticias*.

En 1948 no había Palestina. La bandera la inventa la OLP —Organización para la Liberación Palestina— en 1964 cuando empezaron a reclamar el territorio, dice Gonzalo.

En el mundo árabe no hay besos, no hay Facebook, no hay bikini. Vayan y vean cómo viven. Israel es una mancha occidental en el mundo árabe, dice y creo que ya la mitad del público le perdió el respeto. La otra mitad duerme o abandonó el hilo en la quinta fecha que mencionó. Intenta con el argumento del desarrollo, quizás porque sospecha que muchos somos ateos y que la cuestión de la tierra prometida no funciona. Pero el argumento colonial también cruje. Una buena parte de nosotros viene de escuelas o universidades públicas donde aprendimos a cuestionar conquistas y campañas en supuestos desiertos. Nos dijeron que tendríamos una charla, pero es un monólogo.

El mapa está de adorno. No se llega a ver qué fronteras muestra, pero lo usa para ir y volver sobre la historia de las fronteras. Ya hablé de la primera, la de 1948, cuando se crea el Estado. Ahora pasa a 1967. Estábamos preparando los cementerios. Cinco países árabes querían atacarnos. Por ley militar israelí, las batallas se libran en territorio ajeno y así fue cómo, sin esperarlo, ganamos la guerra de los seis días. Anexamos los Altos del Golán, Gaza, parte del Sinaí y recuperamos Jerusalén.

El territorio de Israel se duplicó en 1967.

Miro a la guía. Está cruzada de brazos, con la vista hacia el suelo. Me pregunto cuántos del grupo todavía están prestando atención a Gonzalo, que ya lleva casi una hora de exposición, va y viene sobre el mapa, señala líneas ilegibles, vomita fechas, acuerdos y resoluciones.

Es verdad que la historia del conflicto se puede narrar con mapas, pero con varios y distintos. Imposible con uno solo, como el que está mostrando Gonzalo. Desde la Resolución 181 de Naciones Unidas, en 1948, Israel nunca dejó de avanzar más allá de los límites que firmaba en los acuerdos. Esa vieja resolución proponía dividir el territorio del Mandato Británico en Palestina en dos nuevos Estados, uno judío y otro árabe. Los Estados árabes no aceptaron y eso para Israel todavía funciona como justificación para todo lo demás.

Josefina está parada con la espalda contra la pared. Tiene puesta una capucha verde que le tapa parte de la cara e igual veo cómo se muerde los labios. Está enojada y no lo disimula. Ya hacia el final le pregunta a Gonzalo qué piensa de los bombardeos a civiles en Gaza. Gonzalo responde rápido, no tiene que pensar la respuesta. Ellos son los que usan civiles. Entregan a sus hijos, los usan como escudos humanos. Nos dicen que nosotros disparamos contra niños y

hospitales. Disparamos contra terroristas de Hamas que se esconden detrás de niños y guardan armas en los subsuelos de los hospitales de la ONU. Yo mismo desaté con mis propias manos a un nene palestino que habían atado antes de una invasión, dice mientras agita sus dos muñecas juntas, imitando la escena.

El mismo relato. Humanos contra bestias, humanos contra animales, demócratas contra asesinos. Los mismos a los que decía haberles disparado Gabriel, el de *bitajón*, la primera noche cuando le preguntaron por su experiencia en combate.

¿Y la ayuda humanitaria que no dejan entrar? ¿Y los barcos con materiales de primeros auxilios que confiscan?, lo cuestiona Josefina. Todos ustedes están muy confundidos, responde. Lo que llega son municiones con las que después preparan las bombas que nos tiran, dice, ya todo rojo, furioso.

Está por terminar y no dijo nada sobre la actualidad, ni sobre posibles soluciones. Ni una palabra sobre la construcción de muros ni sobre la política de anexión de territorios por medio de los colonos, como se llama a los grupos que se instalan más allá de las fronteras del 67, en zonas que ni siquiera el Estado de Israel considera propias y donde arman asentamientos que el ejército protege.

Estuve escuchando argumentos antijudíos por acá, y por allá. Señala. Me señala. Nunca me pasó una cosa así, ¿son judíos ustedes?, se queja, a modo de cierre. A pesar de que pretendía que todo pareciera muy complejo e inabordable, tan inabordable que solo puede hablar sobre el tema un “experto”, o un soldado que lo vio con sus propios ojos, la operación quedó clara: tildar de antisemita a todos los que cuestionen, no ya las bases de este Estado sino cualquiera de sus políticas. A cualquiera que se avergüence de los crímenes cometidos en nombre del judaísmo.

En el micro, camino a la próxima actividad del día, me siento al lado de Matías. Me parece escuchar la voz de Gonzalo otra vez. Quedé muy triste, confundido. Siento que no entiendo nada, me dice. Matías lo grabó y está escuchando algunas partes otra vez con sus auriculares.

En el asiento de atrás está la chica más introvertida del grupo. Le pregunto qué le pareció la charla. Sentí que nos tomaba por idiotas, me dice, tranquila. A mí lo que me gustaría saber es si es cierto que es la primera vez que lo cuestionan. No lo creo.

Vamos camino al Museo Ben Gurion en Tel Aviv. Antes de llegar sucede el prometido encuentro con los cinco israelíes: Dan, Maia, Ben, Gretel y Gal. Dan y Maia son soldados. Para ellos estos días son un descanso de sus tareas en el ejército. Gretel, Ben y Gal ya cumplieron los dos y tres años obligatorios. Gretel extendió su servicio y trabaja todavía en el ejército. Ben y Gal estudian en Jerusalén. Son más jóvenes que nosotros, como la mayoría de los que hacen este viaje cuando apenas terminan la escuela secundaria, como un bis de viaje de egresados o una excusa para dejar por unos días la casa familiar.

Durante la visita al museo la guía pide silencio, pero el murmullo es continuo. En un cuarto lleno de cartas manuscritas en las paredes, Josefina me señala una frase de Ben Gurion, el primer primer ministro de Israel. No recuerdo el textual pero retengo la idea: la superioridad de un pueblo sobre otro como justificación para la creación del Estado. El argumento no era invento de Gonzalo.

A la hora del almuerzo camino con Federico por una peatonal del centro de Tel Aviv, donde nos dejan para que compremos algo de comer. Es una ciudad cosmopolita y se parece por eso mismo a muchas otras ciudades europeas. Un edifi-

cio abandonado lleno de grafitis que podría ser Berlín; la feria de frutas y verduras relucientes, el sur de Francia; pero los aromas del mercado, las comidas y las ametralladoras de los soldados que también pasean entre los negocios nos devuelven de un batacazo a Medio Oriente. Una parejita de soldados va de la mano. Los veo de espaldas. Por encima del hombro izquierdo de ella y el derecho de él, asoman sus armas que apuntan al cielo.

Me conecto a una red de wifi. Entran varios mensajes desde Buenos Aires y uno desde Tel Aviv. ¿Cómo va todo? ¿Estás disfrutando? ¿Nos encontramos hoy? Avisame cuando estés libre. ¿Necesitás algo? Los últimos mensaje son de S., mi amiga israelí. Sí, le digo. Porro.

A la noche nos dan dos horas libres para deambular por una zona de moda llena de bares y restaurantes. Mientras algunos toman helado y otros se sientan en los barcitos, yo me encuentro con S. Me abraza, está muy entusiasmada con mi viaje. Quiere saber todo lo que hicimos, si me estoy divirtiendo. Yo todavía no sé cómo procesar tantos años de distancia. Nunca perdimos contacto, pero la última vez que nos vimos fue hace seis años. A diferencia de muchos del grupo no tengo familiares en Israel, pero S. es como si lo fuera. Conoce a toda mi familia y yo a la suya desde que éramos chicas.

Caminamos por la ciudad; hago esfuerzos por recordar la primera vez que estuve acá, en 2005. Tenía quince, y con S. ya éramos amigas desde hacía al menos cuatro años. Tengo imágenes borrosas, me suena la arquitectura, algo de la sensación de cómo se ven las calles. Ella insiste con preguntas sobre el viaje, yo estoy lacónica. Llegamos a la casa de unos amigos de ella que me convidan porro. Al fumar me aflojo tanto que casi me desmayo. Recién tomo conciencia de la tensión acumulada durante estos días. El relajo dura

poco. Enseguida me acuerdo de que hay que volver al punto de encuentro porque se hizo tarde. Le digo a S. que se apure, me preocupo por cumplir la regla. Me siento como si me hubiera rateado del colegio. Pero de un colegio militar. A nadie, de los cuarenta que somos, se le ocurre no volver a la hora pactada.

Hablamos un poco de los mapas de Gonzalo, del muro que vi desde la ruta, de los colonos en Cisjordania. No le cuento sobre mis anginas ni sobre mis dudas antes de viajar. En 2010 entregamos Gaza y no pararon, me dice S. Vos no vivís acá, vos no sabés.



A la mañana siguiente salgo muy temprano. S. me deja en la estación de tren de Tel Aviv. En menos de una hora llego a Jerusalén. Sigo instrucciones de Isa, un activista palestino con el que me contactó una persona de la Embajada de Palestina en Argentina.

Sé, por su perfil en Wikipedia, que estuvo preso varias veces y que fundó una organización que se llama “Jóvenes contra los asentamientos”. *Settlements*, en inglés, se les dice a los barrios que los colonos, judíos ultra religiosos, arman más allá de la línea verde. Las fuerzas de seguridad israelíes los protegen a pesar de ser ilegales incluso para el Estado de Israel.

Por las dudas llevo las indicaciones que me dio Isa anotadas en un papel. En la estación compro un chip para tener datos en el celular. Tarda un buen rato en funcionar, pero no me preocupo. Llevo una mochila chica con abrigo y mi cámara de fotos. Aunque imagino escenas todo el tiempo, no tengo miedo. Necesitaba cruzar ese límite, pasar la frontera.

El micro llega puntual. Me siento contra una ventana. Enseguida se ven poblados árabes, uno al lado del otro. Es fácil distinguirlos porque las casas tienen tanques de agua negro sobre el techo. No sé de dónde viene la costumbre, pero fue Ana, la guía, la que nos lo enseñó.

Hacia el final del recorrido las construcciones cambian. Se ven casas nuevas y arregladas. El chofer confirma que es la parada que me indicó Isa. Es una zona de casas

bajas. No veo ningún *checkpoint* cerca. Camino una, dos cuadras, perdida. Intento preguntar por el *checkpoint* 52 pero dos personas distintas me ignoran.

Estoy en uno de los cuatro asentamientos de colonos que hay en Hebrón. Camino hasta que se termina el asfalto. La calle se vuelve ancha y de tierra. Ahora sí veo vallas y a lo lejos un sitio histórico. Es la famosa Tumba de los Patriarcas, sitio sagrado para musulmanes y judíos.

Una soldado israelí me frena. Me mira de arriba abajo. Quedamos cara a cara. Tiene la tez oscura, unos ojos grises enormes y diez años menos que yo. Las dos estamos vestidas de verde. Ella con su traje del ejército, yo con la parka impermeable, mi uniforme durante todo este viaje. A ella le atraviesa el pecho un arma más larga que sus brazos. A mí, la cinta de la que cuelga la cámara de fotos.

—*Where are you going?*

—*I'm looking for a gift shop. I need to wait for someone there.*

Señala el negocio de recuerdos donde tengo que esperar a Isa y me pregunta:

—*Are you Christian?*

Esperaba que me pidiera documentos, no mi religión. Dudo. No sé cuál será la respuesta correcta, pero recuerdo la conversación con S. y la escena de *The bubble* cuando Noam y Lulu se hacen pasar por periodistas franceses para cruzar a la ciudad palestina de Nablus. Parezco judía, dijo S., pero para la soldado también puedo ser católica.

Respondo que sí con la cabeza y ella vuelve a su puesto.

Isa is coming, me dice el dueño de la tienda. En una especie de galería que la rodea hay cinco hombres sentados alrededor de una mesa bajita. El que habla algo de inglés me cuenta que es un negocio familiar, de los pocos que aún ven-

den artesanías de porcelana, típicas de la ciudad de Hebrón. Me invitan a sentarme con ellos y me convidan café mientras espero. Elijo unas tazas y una azucarera para llevarme de recuerdo. Me parece mejor que comprar la bandera para evitar un interrogatorio cuando me toque volver a pasar por el aeropuerto Ben Gurion.

Me suena el teléfono. Es Isa. No va a poder llegar y dice que en su lugar vienen Antonio y Mohamed, dos activistas de la misma organización. ¿Y si soy una buena carnada para pedir la liberación de presos? Me da culpa que surta efecto ese miedo inoculado. Pero ahí están, las imágenes estereotipadas que se acumulan para hacerme temer la próxima escena.

Lo que queda de la mañana la paso caminando con Mohamed. Habla inglés fluido y rápido, como si quisiera aprovechar al máximo el rato que tenemos juntos para contarme todo lo que pueda sobre su ciudad.

Hebrón es sin dudas la geografía urbana más rara que jamás haya conocido. A diferencia de Bethlehem, donde el muro corta en dos el paisaje y es el cemento el que pone fin a la disputa, acá las fronteras son difusas. Para los colonos judíos, la avanzada sobre el territorio sigue abierta. Durante la caminata nos cruzamos con un grupo de unas veinte personas que escuchan a un guía. Detrás de ellos hay cuatro hombres vestidos de negro. Cuando pasamos cerca el guía levanta la mano para saludar a Mohamed, como para dar aviso de que somos conocidos y no alertar a la seguridad. Los soldados israelíes hacen cumplir leyes que no existen como, por ejemplo, las que limitan la circulación de palestinos por determinadas calles. Cumplen órdenes y conocen poco las leyes y otros cumplen otras órdenes y así es como llevamos años presentando amparos que la justicia israelí nunca responde. El que habla es Yehuda Shaul, uno de los fundadores de la organización *Breaking The Silence*. Es

Mohamed el que lo señala y me recuerda su nombre. Los que lo escuchan son funcionarios europeos.

Para ir de un lado a otro en Hebrón los palestinos a veces tienen que pasar hasta tres *checkpoints*. Hay nenes que cruzan estos controles todos los días para ir y volver a la escuela. Los *checkpoints* son estructuras que impiden el paso de vehículos y de personas y cuentan con presencia permanente de personal militar. Los hay de distinto tipo: cerrados, con torres de vigilancia, sin ellas. Son parte del paisaje de Hebrón desde 1995, cuando el ejército israelí tomó control de una parte de la ciudad en el marco de un acuerdo firmado con la Autoridad Nacional Palestina, en el que se comprometían a retirarse de otras zonas de Cisjordania. Fue después de la masacre de la mezquita de Abraham, en la que Baruch Goldstein, un ciudadano israelí, mató a 29 fieles musulmanes e hirió a más de cien personas. Hebrón quedó partida en dos: H2, bajo control del ejército israelí, y H1, bajo jurisdicción palestina. Los palestinos denuncian que, después de la Segunda Intifada, Israel avanzó sobre zonas palestinas, las militarizó y bloqueó el paso, como es el caso de la famosa Calle Al-Shuhada. Mohamed me cuenta que en unos días empieza una campaña para pedir la reapertura. Es una calle en la zona del mercado histórico de Hebrón. Por las restricciones de circulación la zona perdió la vitalidad que tuvo durante siglos. Los negocios cerraron y acumulan basura en los frentes. Pero unos metros más allá el mercado sigue vivo. Frutas, dátiles, ropa de colores, carros arrastrados por caballos. Los vendedores siempre son hombres. Las que compran son mayoría mujeres. En una galería abovedada, de paredes de piedra, Mohamed me recomienda el mejor falafel. El señor lo fríe para mí en el momento. Le pago con shéqueles. Recién cuando le doy la plata noto que la de un shéquel tiene el dibujo de un lirio,

parte del emblema del escudo estatal de Israel. Palestina no tiene moneda propia.

El sonido del mercado hace olvidar por un momento la ocupación, aunque basta con levantar la vista para recordarla. Una red cubre lo que era cielo abierto para evitar que caigan los objetos que tiran desde las casas del asentamiento de colonos Beit Hadassah, justo encima de Al-Shuhada. También se ven cámaras y puestos de vigilancia. No vaya a ser que a alguna “boludita” se le ocurra tirar una piedra.

Muhamed tiene que ir a la universidad. Me deja con Antonio. Él es italiano, musulmán y colabora hace algunos años con la organización “Jóvenes contra los asentamientos”. Caminamos por una zona amplia, con casas vacías y edificios abandonados. Toda esta calle está destruida desde la Primera Intifada, en 1987, a la que también se conoció como “revolución de las piedras” por ser el principal elemento que usaron, sobre todo los jóvenes, en los enfrentamientos contra el ejército israelí.

Ese pozo que ves ahí fue alguna vez fue una pileta, me explica Antonio. Unos nenes juegan arriba de una pila de escombros. Cuando nos ven se acercan para pedirnos una moneda. Eso es una mezquita, señala. De afuera parece una casa. En la puerta hay un hombre parado con un bastón y la cabeza cubierta por una kufiya. Cuando nos acercamos me toma de la mano y me invita a pasar. Cuenta que esa mezquita la terminaron de reconstruir hace poco, con ayuda de la organización a la que pertenece Antonio. Me ofrece dos pulseras, una verde y una roja, con la bandera palestina. Antonio me explica que quiere que le dé algunos shéqueles a cambio. Antes de irnos, me toma fuerte de la mano y dice algo en árabe. Pido a Antonio que me traduzca. Recordanos. Y que Alá te acompañe.

Nosotros podemos circular por todos lados. Cuando dice nosotros se refiere a los *internationals*, como nos dicen en la zona a los que no somos ni palestinos ni israelíes. Una de las tareas de Antonio, como la de muchos otros activistas de organizaciones políticas y no gubernamentales, es hacer cumplir derechos básicos. Él acompaña cada tarde a un grupo de nenes desde la escuela hasta sus casas. A pesar de que podemos circular, cuatro soldados nos paran para pedirnos documentos. Antonio conoce a algunos de ellos. ¡Pero! ¡Será posible! ¿Otra vez?, dice y gesticula con los brazos abiertos. Él me conoce, hablamos casi todos los días, les dice en un inglés con tonada italiana. Ustedes son jóvenes. Y son responsables de que las cosas cambien acá de una buena vez. ¿O no? ¿Quieren venir a la casa de mi amigo? Yo ya los invité, nunca quieren venir, me dice. Los soldados lo escuchan, se ríen, lo toman por loco. Al ver mi pasaporte, uno de ellos me pregunta si en Argentina hace mucho calor. También me pregunta si hay leones, porque le gustaría viajar y hacer un safari cuando termine el servicio militar.

El amigo que menciona Antonio es Abud. Para llegar a su casa subimos unas escaleras de piedra. La puerta está abierta. Antonio lo llama y Abud sale a nuestro encuentro. Nos invita a pasar. Como en muchas casas árabes, el espacio para las visitas está separado del resto de los ambientes. Atravesamos un patio donde mantas estampadas flamean al sol. El ambiente es amplio. Los únicos muebles son el sillón en el que nos sentamos y una mesa ratona en la que la esposa de Abud deja unas tazas de té. Nos saluda a la distancia y sale a jugar con las hijas que corretean por la entrada. La casa da a un monte con árboles que tienen cientos de años.

Abud cuenta que es la casa de sus abuelos. Él vivió acá toda su vida. Hablamos un poco en inglés, y otro poco en árabe, que Antonio traduce para mí.

Como la gran mayoría de los palestinos, Abud hace años que está desempleado. Vive de la ayuda del gobierno y quizás de organizaciones, que alcanza apenas para la comida de su familia. Cuatro de sus hijos viven con él. Al mayor, que ahora tiene dieciocho, lo detuvieron cuando tenía quince. Abud saca de su bolsillo un celular viejo y me muestra un video pixelado pero nítido: un soldado le pega en la cabeza a Jamil. Sangra. Otro soldado lo asiste. Lo detuvieron por tirar una piedra una de las tantas veces que atravesaba un *checkpoint*. Le pregunto si tienen contacto, si sabe cómo está. Me dice que sí, que pueden hablar por teléfono pero que no lo ve desde que lo detuvieron.

Al salir Antonio me señala una cámara que nos apunta. Está justo encima de la puerta de su casa. ¿Desde qué sala nos estarán mirando? Levanto la vista y vuelvo sobre Abud. La comisura de sus labios se tuerce hacia abajo.

Acá gobierna Al Fatah hace tiempo, pero ya nadie confía. La vida es cada vez más difícil en Hebrón, todos coinciden.



Escribe que soy árabe;
que robaste las viñas de mi abuelo y una tierra que araba,
yo, con todos mis hijos.
Que solo nos dejaste estas rocas...
¿No va a quitármelas tu gobierno también, como se dice?
Escribe, pues...
Escribe en el comienzo de la primera página que no
aborrezco
a nadie,
ni a nadie robo nada.
Mas que, si tengo hambre, devoraré la carne de quien a mí
me robe.
¡Cuidado, pues!
¡Cuidado con mi hambre y con mi ira!

Fragmento de "Carnet de Identidad",
Mahmoud Darwish



Un siglo después

Epílogo

Es en la interdependencia de las diferencias recíprocas (no dominantes) donde reside la seguridad que nos permite descender al caos del conocimiento y regresar de él con visiones auténticas de nuestro futuro, así como con el poder concomitante para efectuar los cambios que harán realidad ese futuro. Las diferencias son la potente materia prima a partir de la cual forjamos nuestro poder personal.

Audre Lorde

Mucho antes de convertirse en un libro, estas páginas fueron un diario de viaje para la supervivencia.

Dice Piglia que Kafka escribe un diario para volver a leer las conexiones que no ha visto al vivir, para leer desplazado el sentido en otro lugar. Agrego: en otro tiempo. Vuelvo a leer entrelíneas unos años después y descifro el terror que pasó por mi cuerpo: “cualquier forma de supremacismo es una desgracia en potencia”.

Con cada incursión militar el diario se reescribía: un paso más cerca de la genealogía inadmisibile.

Buena parte de la descendencia de las víctimas del Holocausto nazi son quienes demandan y ejecutan la limpieza étnica en Palestina. Son, hoy, la mayoría de la población judía israelí entre la que casi no existen civiles. Hay incluso quienes celebran y comparten burlas ante el dolor de los otros en redes sociales. Por cada israelí muerto en los ataques de Hamas el 7 de octubre de 2023 mataron alrededor de tres mil palestinos, la mayoría mujeres y niños, y destruyeron Gaza por completo: viviendas, hospitales, cementerios, registros civiles, universidades. Son cifras inéditas y sin

embargo van en aumento. Qué poco habremos aprendido del largo siglo XX para que el siglo XXI inicie con este fracaso de la humanidad.

¿Cómo puede forjarse una generación rebelde que establezca el límite? El mecanismo del ejército israelí consiste en hacer a todos responsables, en sellar durante generaciones un pacto de silencio y desmemoria que deja escaso margen para la imaginación. “No hay alternativa”. Son apenas un puñado los adolescentes que rechazan cargar un arma y que intentan con ese gesto que algo haga ruido. La mayoría pasa por la cárcel entre dos y tres meses. A veces años. ¿Quién se arriesgaría a perder su libertad por tirar una piedra contra Goliat? Solo los que antes de arrojarla ya la hubieran perdido. O los que confían en que no están solos parados frente al gigante.

No hacer el servicio militar, ya sea por decisión o por estar eximido, es una marca de clase. Se paga con un peor trabajo, un techo bajo en la escalada social. Los padres de Dan, de Maia, de Gabriel llegaron sin trabajo alrededor del 2001. Tuvieron trabajo y sus hijos devinieron soldados a los que esperaron cada día durante años a que volvieran de la base. Pagaron la prosperidad económica con miedo a perderlos.

Después de la Guerra del Líbano, y en pleno auge de los movimientos de liberación nacional, parte de la izquierda se preguntó: “¿Se puede ser de izquierda y judío?”. Me sorprendió enterarme de que la juventud comprometida con el fin del colonialismo y la explotación se hiciera esa pregunta. Creí que tenía que ver con la intención de separarse del proyecto colonial que la mayoría del judaísmo había aceptado. Pero no. Se trataba, más bien, de la idea de que cualquier forma identitaria por fuera de la clase era distractora. Esa fórmula fracasó: fue responsable de perpetuar prácticas machis-

tas y de perseguir militantes por su orientación sexual. Fue profundamente occidentalista y autoritaria.

Prefiero a los que respondían que sí, que era posible. A los que conservaron lo amable de su tradición y cuestionaron el resto. A los que se animaron a ser visibles aún en tiempos de persecución. A los que construyeron su propia genealogía electiva con los retazos de lo que los hacía felices sin borrar de un plumazo la complejidad de su historia.

A quienes habitamos la identidad como algo móvil y percibimos el peligro de cualquier fijación. A quienes deseamos fronteras identitarias y geográficas porosas y huimos de la comunidad cerrada porque en nosotros se activa la memoria del gueto. A quienes hablamos por nuestra diferencia. A los que, como Spinoza, preferimos ser excomulgados antes que cómplices. Y, contrariándolo, nos permitimos reír, llorar, pero también comprender.

Prefiero a los que todavía, conscientes de que el anti-semitismo existe, elegimos explicar que judaísmo no es Estado de Israel. Prefiero la condena a ser minoría antes que normalizar cualquier forma de homofobia o misoginia.

Yo no sé por cuál de mis etiquetas me habrían llevado. Si por mi ascendencia, por mi compromiso político o por mi orientación sexual. Me habrían llevado y punto. No puedo dejar de trazar un puente con los cinco millones que el Museo del Holocausto de Jerusalén decide no recordar.

Ustedes no entienden, repetían los israelíes que nos acompañaron. Vos no entendés, me dijo S. durante años. De esa extrañeza surge este libro. De la extrañeza ante la normalización de un estado de guerra. En el trabajo constante de reescritura de la propia vida está la búsqueda por comprender, entre el llanto y la risa.

La construcción de una posición ética es el intento incansable de que el temor y la angustia no se conviertan en

gestos banales del mal. Es evitar que el daño, la herida personal o histórica se torne venganza asesina, deseo de exterminio. Hacer algo distinto con lo que hicieron de nosotros las situaciones más dolorosas.

Resistirse a correr los umbrales de la inhumanidad de lo humano.

¿Cómo puede forjarse una generación que al denunciar el genocidio construya otra genealogía? Si hay genocidio, hay genocidas que deben ser juzgados. Algo sabemos sobre eso en Argentina.

Quienes organizan este viaje saben también que nada que tenga que ver con la identidad viene de la sangre ni del vientre. Solo exigen que haya alguna condición que haga posible que nos conmovamos para construir desde allí la ligazón con el territorio. Pero el lenguaje militar me es ajeno. No hay punto de contacto. Siento terror cuando otros sienten alivio. Siento vergüenza cuando sienten orgullo.

Los ultraderechistas de este siglo admiran al Estado de Israel. Y me pregunto ahora cómo convivir con el odio que profesan: hablan de goce ante la represión, piden cárcel o bala para el que piensa distinto, niegan que haya habido en Argentina terrorismo de Estado. Coinciden con los genocidas que, puestos en el banquillo de acusados, declararon que los crímenes de la dictadura fueron apenas excesos en el marco de una guerra y no una matanza planificada. Con esa palabra, “excesos”, justifican un plan de exterminio para asesinar militantes, sindicalistas, curas y llevarse sus ideas. Borraron los nombres y llamaron terroristas incluso a quienes jamás en su vida hubieran tocado un arma.

¿Cómo se llega hasta acá? Somos un cúmulo de afinidades, de amores, de búsqueda por repetir el lugar en el que nos sentimos seguros. No hay nada de absoluto en las formas de construcción de ninguno de esos tres elementos. No hay

bueno ni malo en la naturaleza, podría decirnos Spinoza. Hay amores, afinidades y lugares seguros basados en las pasiones más tristes. Amor preso del maltrato, afinidad en el ejercicio de la crueldad y sensación de seguridad en el ataque al otro distinto.

La pérdida del diálogo es alimento para la violencia. Pienso en los muros, en la prohibición de cruzar fronteras. No hay posibilidad de sostener tanto odio si no es obturando la palabra. Encuentro otra pista de la desgracia presente en la muerte de los dialectos de la diáspora, siempre mezclados con los lenguajes vecinos.

La traducción es la posibilidad de comunicación en las fronteras. Comprender el idioma del otro y el propio. Las fronteras son múltiples y los lenguajes, infinitos. En las experiencias que abren diálogos–convivencia en distintos lenguajes –musicales, poéticos, políticos– hay una pista para la traducción. Una llave, como diría Silvana Rabinovich.

Cualquier forma de autoritarismo deja en el que lo padece una herida abierta.

Que sea este diario un recordatorio y una excusa para la conversación. Un manifiesto contra toda expresión supremacista.

Toda forma de supremacismo es un holocausto en potencia.

Cualquier forma de supremacismo es una nakba en potencia.

Nos queda entonces la humana tarea de inventar el antónimo de supremacismo y que ese sea el “derecho de nacimiento” de las generaciones por venir.

Febrero de 2024